



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los "libertadores" entre la herencia de la Revolución y la sombra de Napoleón

Autor: Michaud, Stéphane y Neira, Hugo

Forma sugerida de citar: Michaud, S. y Neira, H. (1987). Los "libertadores" entre la herencia de la Revolución y la sombra de Napoleón. *Cuadernos Americanos*, 1(1), 74-88.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 1, (enero-febrero de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS "LIBERTADORES" ENTRE LA HERENCIA DE LA REVOLUCION Y LA SOMBRA DE NAPOLEON*

Por *Stéphane* MICHAUD
UNIVERSIDAD DE SAINT-ÉTIENNE, FRANCIA
y *Hugo* NEIRA
CEDEP, LIMA

La Revolución americana es fruto del
gran impacto de la Revolución francesa.

Simón Rodríguez,
Luces y virtudes sociales, 1840.

América no es tanto una tradición que
perpetuar como un futuro que realizar.
Proyecto y utopía son inseparables del
pensamiento hispanoamericano desde fi-
nes del siglo XVIII hasta nuestros días.

Octavio Paz,
El laberinto de la soledad, 1950.

¿SE PUEDE reflexionar sobre la Revolución Francesa, sobre su
mensaje y alcances, sin tener en cuenta su propagación en
el exterior, no sólo en Europa, sino también en las colonias espa-
ñolas de América en los siglos XVIII y XIX? Una novela como *El
siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, justifica la pregunta cuan-
do, desde la perspectiva de dos jóvenes cubanos, asocia al lector
con los anhelos y las desesperanzas que engendra la Revolución
Francesa en el mundo antillano y centroamericano.¹ Quisiéramos,

* Ponencia presentada en el Coloquio "La Leyenda de la Revolución
(1770-1914)", Universidad de Clermont II, Clermont-Ferrand, Francia.

¹ Trad. por R. L. F. Durand, París, Gallimard, 1977. (Ed. original,
El siglo de las luces, México, 1962).

por nuestra parte, situarnos un poco más tarde en la historia, en una época —la de la Revolución Americana— que por estar menos inmediatamente próxima a la cronología de los sucesos de 1789, no sólo no deja de derivar de ellos, sino que resulta aún más decisiva para el destino del continente.

La Revolución Americana** —el término con el que los contemporáneos designan las guerras de independencia libradas contra España es por demás significativo— se origina, como sabemos, por la caída de España, vencida primero por el Directorio en 1795, antes de ser invadida por Napoleón en 1808. Introducida en un continente, incluso en un hemisferio que, al término de un prolongado vasallaje, se reconoce súbitamente, con las promesas de su unidad, como manifestación de una humanidad nueva y plural, la idea de libertad que Francia lanza a través del mundo produce allí frutos híbridos y vigorosos, netamente distintos en todo caso de aquellos que rinde en el Viejo Continente.

En esas tierras coloniales y multiraciales, donde una *élite* española, con su lengua, su civilización y su cultura, sustituye en la conducción de un país a un dominio precolombino, el conflicto dominante no es aquel que, como en Europa, enfrenta una burguesía poderosa y organizada al absolutismo. La primera rebelión es la que levanta a los criollos, españoles nacidos en el continente americano, contra la Madre Patria y los funcionarios delegados por ella para gobernar al país. En otras palabras, la independencia no es sostenida por ninguna gran corriente popular o social; es la hazaña de una milicia y de una corriente de ideas. Sus consecuencias —inevitables, dado el mezquino egoísmo clasista con el que las repúblicas del siglo XIX administraron la Independencia— también son conocidas: lejos de emancipar a las masas, reafirma en sus prerrogativas a una oligarquía que en adelante no debe rendir cuentas a la administración peninsular. América Latina independiente se instala así, durante casi un siglo, en el error y en las contradicciones; si, en efecto, se dotó de instituciones igualitarias, se encuentra más que nunca entregada al despotismo de una minoría.³

** Término para nosotros equívoco y, por ello, mejor la llamaremos en lo sucesivo Revolución (Latino)americana. Por supuesto, somos conscientes del anacronismo que supone emplear el término *latinoamericano*, que comenzó a tener vigencia a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

³ Pierre Chauvin, *Histoire de l'Amérique Latine*, 8a. ed., París, PUF, 1979, pp. 61 y 85-103; François Chevalier, *L'Amérique Latine de l'indépendance à nos jours*, París, PUF, 1979, pp. 69-83; Alain Rouquié, *L'Etat militaire en Amérique Latine*, París, Seuil, 1982, pp. 31-85; José Carlos Mariátegui, *Sept essais sur la réalité péruvienne*, trad. R. Mighat,

¿Quién se arriesgaría, sin embargo, a menoscabar a los *libertadores*, hombres ilustrados cuyo espíritu cosmopolita y visionario inflamó a un continente, tomando en cuenta la mediocridad de sus sucesores a lo largo del siglo XIX? Los jefes militares que establecieron los fundamentos de la Independencia y, cuando no murieron víctimas del olvido y la traición, se retiraron en el momento oportuno, no tenían de todas maneras nada que ver con los *caudillos* rudos y limitados que se disputaron el poder, desmembrando de inmediato, con el único fin de asignarse una heredad, las tierras que otros más nobles habían reunido. Sería tan vano condenar a la Revolución Latinoamericana porque a la dinámica y al mesianismo de sus inicios siguió, mucho antes de 1830, el reino de los intereses particulares, como condenar a la Revolución Francesa en razón del 9 Termidor.

Las dos revoluciones tienen sin duda en común el constituir en cada continente una suerte de suceso fundador de las sociedades modernas, que no cesan de volver a él como a un origen, no absoluto, por supuesto, pero sí decisivo. 1789 es así objeto de una constante interpretación en Francia, desde Tocqueville, Michelet y Hugo. Y si en América Latina la tradición del ensayo y los espacios para una reflexión política autónoma son más recientes, Simón Rodríguez, testigo muy cercano y analista pronto olvidado de la acción de los *libertadores*, halló en el siglo XX sucesores extraordinarios en la persona del peruano Mariátegui y, más cercanos a nosotros, poetas, novelistas y ensayistas como Pablo Neruda, Alejo Carpentier y Octavio Paz.³ La dimensión utópica e imaginaria

París, Maspero. 1969 (1a. ed. en español. Lima. 1928). Octavio Paz, *Le Labyrinthe de la solitude*, trad. J. Cl. Lambert. 2a. ed., París Gallimard 1972. *passim* y en particular cap. VI, pp. 111 v ss. del mismo autor, *La fleur saxifrage*, trad. J. Cl. Masson, París. Gallimard. 1984, pp. 16-17, y *Une planète et quatre ou cinq mondes*, trad. J. Cl. Masson., París, Gallimard, 1985, p. 176. No dejaremos de recordar la reflexión de Pierre Chaunu, según la cual la independencia americana sobreviene en un momento inesperado: ella hubiese sido más natural —estima Chaunu— ya sea a fines del siglo XVII (es decir, en un primer momento de debilidad del imperio), ya sea, por el contrario, a partir de 1860 (P. Chaunu, "Interprétation de l'indépendance de l'Amérique Latine", *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, Vol. 111, 1963, pp. 403-421).

³ Citamos los textos de Simón Rodríguez (1771-1854) según la antología proporcionada por Arturo Rumazo González, *Ideario de Simón Rodríguez*, Caracas, Ediciones Centauro, 1980. Ver además: Pablo Neruda, *Canto general*, 2a. ed., Buenos Aires, Losada, 1963, Canto IV "Los Libertadores", pp. 67-132; Alejo Carpentier, *Chroniques*, trad. de R. L. F. Durand, París, Gallimard, 1983, pp. 335-338; Octavio Paz, *Le Labyrinthe de la solitude*, *passim*. Sobre la Revolución Francesa como origen ver F. Furet, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1985, pp. 14-16 y 130

que Miguel de Unamuno ya hacía notar en los *libertadores* y que lo condujo a subrayar la semejanza entre Bolívar y la gran figura hispánica de Don Quijote, requiere en todo caso la atención de un coloquio como el nuestro. La utopía bolivariana, incomparablemente más realista y esclarecida por los hechos que la de Miranda, que la precedió en una tentativa infructuosa, constituye, en efecto, la respuesta más audaz a una situación radicalmente novedosa, a la cual la Revolución Francesa hubo también de enfrentarse: la separación de la monarquía española, que representó aquí la misma transgresión a una ley natural, el mismo salto en el vacío, y allá la instauración de la soberanía popular.⁴

La presente ponencia, al asociar a dos historiadores, uno francés y otro peruano y, por ende, a dos sensibilidades y a dos enfoques diferentes, reconoce su deuda a trabajos anteriores fomentados por la celebración del bicentenario del nacimiento de Bolívar, en 1983. Tales estudios, sin embargo, rara vez han rebasado el círculo de los americanistas.⁵

⁴ En julio de 1812, las tropas de la Junta Republicana de Caracas, al mando de Francisco de Miranda (1750-1816), son derrotadas por los españoles. Es el fin de la primera república venezolana. Miranda, entregado por los suyos, morirá en una prisión de Cádiz. Sobre la sorprendente carrera de este personaje, que combatió sucesivamente con las tropas españolas (primero en Marruecos, luego en América del Norte al lado de Washington), que después mandó los ejércitos de la Revolución Francesa (bajo Dumouriez, en Valmy y en Bélgica) antes de intentar en dos ocasiones liberar a su país, véase J. Descola, *Les Libertadors*, París, Fayard, 1957, pp. 177-278. Sobre el pensamiento político, ver V. A. Belaunde, *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1969. Miguel de Unamuno ("Don Quijote Bolívar" y "Don Quijote y Bolívar", ensayos retomados en *Páginas españolas sobre Simón Bolívar*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1983, pp. 13-38) fue el primero en valorar las componentes utópicas del pensamiento bolivariano. Subrayando la dimensión imaginaria de la Revolución Francesa, F. Furet escribe, por su parte, que ésta "es un imaginario colectivo del poder" (*op. cit.*, p. 129).

⁵ La imagen de Michelet comenzó a pesar en el debate desde que éste sometió esencialmente a la influencia de la Revolución Francesa a la Alemania de Kant y de Fichte, a la Polonia de Kosciuszko y a los Estados Unidos de Thomas Paine, sin decir nada de las vastas tierras de la América española (Prefacio de 1868 a *L'Histoire de la Révolution française*). Para una apreciación general del fenómeno de la independencia latinoamericana en sus relaciones con los diversos movimientos contemporáneos que constituyen la independencia de los Estados Unidos, de una parte, y la Revolución Francesa, de otra, ver la reciente, y muy sucinta, aclaración de F. López ("Ilustración e Independencia hispanoamericana", en *Homenaje a Noël Salomon, Ilustración española e Independencia de América*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1979, pp. 289-297). La rápida

Por ello, un coloquio como el nuestro nos parece una ocasión muy oportuna para una colaboración pluridisciplinaria que evoque los lazos que unen el pensamiento político de Bolívar y el de toda la élite dirigente de las guerras de Independencia con la Revolución Francesa y subraye las raíces y la dinámica profundas de un movimiento que, en buena medida, extrae su energía en el país mismo. Nuestro análisis (limitado por razones de espacio a un breve esbozo) se funda en la convicción de que la Revolución Latinoamericana representa uno de esos grandes momentos continentales cuya comprensión requiere un análisis comparativo. Se nos autorizará que consideremos "momentos continentales" a aquellos raros períodos o fenómenos que arrancan a las diversas naciones de América Latina de la tentación del repliegue particularista y de los conflictos fratricidas, para fundirlas, inversamente, en la solidaridad de un mismo destino.

Si el eco de Montesquieu, de Rousseau y de la *Declaración de los derechos del hombre* se confunde en Bolívar con la huella de modelos antiguos, es un hecho evidente que vuelve a nosotros transformado por su encuentro con la realidad criolla. En cuanto a esa Francia que Bolívar no cesa de admirar, lejos de manifestarse solamente como la cuna de las Luces y de la Revolución, sigue animada por la figura de Napoleón, modelo que el *libertador* condena por su apetito de poder, mas con el que comparte una misma audacia, un mismo genio para la organización, un mismo despre-

síntesis, ya un poco anticuada, de M. Picón Salas (*De la Conquista a la Independencia*, México, FCE, 1944) constituye aún una útil introducción al problema criollo, incluso si los trabajos de los americanistas se han multiplicado en los últimos años sobre estos mismos problemas. Citemos en particular: *Esprit créole et conscience nationale*, París, CNRS, 1980, Charles Minguet, "Nationalisme continental et Patria Chica en Amérique Latine", *Nationalisme et Littérature en Espagne et en Amérique Latine au XIXe siècle*, Presses Universitaires de Lille, 1982, pp. 169-178.

Entre los trabajos consagrados a Bolívar, cabe citar aquí en particular la obra fundamental del ensayista peruano V. A. Belaúnde, *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana*, y, recientemente, los números especiales de la *Revista de Occidente* (Madrid), núms. 30-31 (1983), y de los *Cahiers des Amériques Latines*, núms. 29-30, 1984. En cuanto a los textos del *libertador*, se encuentran a la mano en dos antologías cómodas: una en español (Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, introd. de A. Milares, textos reunidos y anotados por M. Pérez Vila, 2a. ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979), otra en francés *L'unité impossible*, introd. de Charles Minguet, prefacio de Alain Rouquié, París, La Découverte/Maspero, 1983). Sobre el culto que América Latina rindió a Bolívar a lo largo del siglo XIX, e incluso en la primera mitad del siglo XX, véase finalmente Germán Carrera Damas, *El Culto a Bolívar*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969.

cio hacia los poderes locales, incluso una igual mezcla de jacobinismo y de conservadurismo. El ejemplo del más célebre de los *libertadores* nos ayudará así a esbozar los lineamientos de un estudio sobre los iniciadores de la identidad latinoamericana, identidad utópica sin duda, pero que sigue siendo profundamente sentida y reconocida como fuerza movilizadora, en la medida en que no ha sido del todo desmentida por los hechos.

Otorgar a los *libertadores* el lugar que merecen dentro de la inmensa herencia cultural que constituye el patrimonio mismo de la Revolución parece tanto más legítimo cuanto que su aventura fue apasionadamente seguida en la Francia de 1830 por los diversos sectores ideológicos que, desde los socialistas hasta los liberales, hacían suyos los ideales de las Luces y de la Revolución Francesa. Dejemos atrás los simples sueños de gloria y de epopeya que por un momento pudieron perturbar a los espíritus románticos. ¿Por qué Benjamín Constant, Enfantin y el pueblo de las jornadas de Julio examinaron con tanto interés la carrera de Bolívar, salvo por las expectativas que éste representaba o incluso acaso manifestaba a los ojos del público francés, que sentía su propia Revolución como inacabada y obstaculizada en su desarrollo? Bolívar, fascinado por la figura peligrosa de Bonaparte, transformado en emperador todopoderoso, *libertador* ansioso de retomar la Revolución ahí donde Napoleón la había dejado y, finalmente, prisionero de una imposible mezcla de republicanismismo y de poder personal, resulta un personaje que con su prestigio y sus contradicciones ayuda a la Francia de 1830 a manejar un pasado inacabado que no cesa de obsesionarla.⁶

⁶ Celebrada por Casimir Delavigne en *Les Messéniennes*, la conducta de Bolívar se discute vehementemente en 1826, después en 1828, por los realistas y los liberales, y en particular por Benjamin Constant (Véase J. Descola, *Les Messagers de l'Indépendance. Les Français en Amérique Latine de Bolívar a Castro*, París, Robert Laffont, 1973, pp. 255-256). Evocando la conducta de La Fayette en las Tres Gloriosas, en 1930, Enfantin, por su parte, escribe "... el general, que no ha olvidado nada, y no ha aprendido nada, temblaba al pensar en la dictadura: no habiendo comprendido ni a Napoleón, ni a Bolívar, le era aún más difícil comprenderse en una situación semejante" (carta inédita a Rességuier, 5 de agosto de 1830, París, Biblioteca Nacional, Nafr. 24.608, f. 241-245). Flora Tristán elogia a Bolívar con ocasión de la publicación de sus "Lettres de Bolívar" (*Le Voleur*, 31 de julio de 1838, pp. 90-94). Una investigación exhaustiva sobre la fortuna de Bolívar en la época romántica (fortuna que también atestiguan las novelas de Balzac), rebasa, naturalmente, el marco de esta breve nota. Conviene, por tanto, reducirnos a las indicaciones adicionales dadas por Alain Rouquié (en su prefacio a *L'Unité impossible*,

Siguiendo el ejemplo de la Revolución Francesa, la aventura de la Independencia plantea a la conciencia democrática un problema doble: constitucional primero (¿bajo qué régimen organizar la libertad?), después continental (¿se podía o se puede gobernar la unidad de las antiguas colonias españolas?). Ninguna de estas dos cuestiones ha perdido actualidad.

*La génesis de una conciencia americana y su desarrollo
bajo la influencia de las Luces*

LA apropiación que observamos en Bolívar, cuando hace suya la problemática europea de las Luces para sacar de ella una reflexión original aplicada a la realidad de su continente, es sin duda característica de la sociedad americana. Todo acontece, en efecto, como si, desde un principio, la América Latina actuase sobre las mentes más lúcidas a manera de un estimulante que las condujese a poner en tela de juicio las viejas convicciones europeas y a superarlas en una universalidad y una tolerancia nuevas.

Los primeros signos de una conciencia americana que se podrían identificar, en buena medida, con una actitud crítica, se manifiestan, en efecto, desde fines del siglo XVI.⁷ La América en la que viven no conduce por lo pronto a las élites intelectuales a rechazar las categorías de pensamiento que dominan la vida española en la época de la Contrarreforma. Pero, por el hecho de su simple existencia, el continente les abre perspectivas desconocidas por la cultura escolástica, en los momentos en que emprenden la integración de las tierras recientemente descubiertas al sistema de creencias europeas. Los clérigos desempeñaron el papel determinante en esta emancipación. La *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en 1590 en Sevilla por el jesuita José de Acosta, hace así surgir, tanto de la geografía como de la observación etnográfica y religiosa del mundo indígena, una serie de preguntas y de hipótesis con respecto a una antropología renaciente que, a decir verdad, se distingue muy poco de la teología y de sus modelos antiguos. La obra del padre Acosta inicia una reflexión lo bastante excepcional como para merecer, dos siglos más tarde, el homenaje de

p. 5), y meditemos sobre la clarividencia política de Chateaubriand, que no sin temor asistía a la fundación por Bolívar de diversas repúblicas americanas.

⁷ Mariano Picón Salas, *op. cit.*, p. 69 y ss. y Marcel Bataillon, "Origines intellectuelles et religieuses du sentiment américain en Amérique Latine", *Annuaire du Collège de France*, vol. LIII, pp. 277-294.

Alejandro de Humboldt, sabio formado en la escuela de las ciencias exactas como la *Aufklärung* alemana, y que nos ha legado una excelente suma sobre el estado de América en vísperas de la Independencia.⁸

En su definición de una particularidad americana en el interior de la cultura hispánica, el libro del padre Acosta abre la vía a una serie de trabajos que discurren sobre esta identidad en otros campos. Citamos, por ejemplo, el *Thesaurus indicus* del peruano Diego de Avendaño. La obra se alza contra la trata de negros, común en el Nuevo Mundo, y se dedica a recusar el argumento aristotélico que se oponía a la defensa de los indios por Las Casas, según quien la esclavitud de las poblaciones primitivas se fundaría en la consideración de su naturaleza. Sucesor de Las Casas, nuestro teólogo denuncia esta concepción de una esclavitud natural como un insulto al Evangelio. Por otra parte, llega a anticiparse a las teorías de Montesquieu y de Rousseau cuando plantea las nociones de "voluntad popular" y de "contrato" como base de toda sociedad política. Audacia singular para una época que sólo conoce la monarquía por derecho divino, y que retomará con la misma tranquila seguridad el jesuita mexicano Francisco Xavier Alegre, a fines del siglo XVIII.⁹

No nos corresponde destacar aquí todos los indicios de una cultura que América constituye en su autonomía. Bástenos señalar las fuentes continentales de un fenómeno que irrumpe en la cultura racionalista del siglo XVIII. La idea en boga en la Europa ilustrada según la cual América habría entonces sido una suerte de territorio culturalmente virgen debe definitivamente eliminarse. Las Luces, que minan en las colonias españolas la estructura espiritual erigida a lo largo de dos siglos de dominación, están lejos de aparecer como el único fruto de una influencia extranjera, de una suerte de fronda alimentada desde el exterior por los viajeros que habrían residido en Europa de donde habrían llevado las obras de la filosofía prohibida. Las nuevas ideas gozan de la complicidad interna, como lo demuestra el famoso caso de fray Diego Cisneros, quien, confiado en las prerrogativas que le confería el comercio de libros religiosos, introdujo en Lima una vasta biblioteca profana de auto-

⁸ Se puede consultar esta obra en la cómoda antología proporcionada por Charles Minguet, *A. de Humboldt, Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, 2 vols., Maspero, La Découverte, 1980. Sobre el pensamiento de Humboldt, ver la magnífica tesis del mismo Minguet, *Alexandre de Humboldt historien et géographe de l'Amérique Latine espagnole*, Paris, Maspero, 1969.

⁹ Mariano Picón Salas, *op. cit.*, pp. 158-190.

res del siglo XVIII.¹⁰ En los momentos en que los intereses económicos de los criollos (que a menudo se confunden con los de las órdenes religiosas sólidamente implantadas, como fue en particular el caso de los jesuitas) se oponen a la exclusividad comercial que quería imponer la Metrópoli, el pensamiento colonial comienza ya a distinguirse por su madurez.

La América de fines del siglo XVIII que descubre Alejandro de Humboldt aparece así como un continente alcanzado por el progreso, sin que se manifieste ningún desfase entre el Madrid de Feijóo y esas grandes metrópolis volcadas a las artes y a las ciencias como Bogotá, Caracas y México. Humboldt admira en esta última ciudad no sólo una Academia de Bellas Artes enriquecida con una magnífica colección de esculturas antiguas, sino también una escuela de minas que congrega a los mejores espíritus formados, llegado el caso, en la misma academia prusiana de minas de Freiberg de la que él mismo ha sido alumno. En Cuba, en Cartagena, en Bogotá, encuentra a figuras de sabios y de *ilustrados*, criollos o españoles, con los cuales establece lazos de amistad. Citemos, por ejemplo, el caso del español Mutis, quien, tras haber desempeñado la cátedra de anatomía en el hospital general de Madrid, despliega, a partir de 1760, una intensa actividad científica allende el Atlántico, como médico, ciertamente, pero también como botánico, matemático y especialista en la explotación minera. Humboldt, quien registra también el desarrollo de la prensa periódica (lleva a Europa dos colecciones del célebre *Mercurio peruano* limeño), saca provecho de este fermento intelectual: se alimenta de él para sus propios trabajos, apoyándose ya en las bibliotecas reunidas de antiguo aquí y allá, o bien en los innumerables estudios realizados a través de todo el continente.

Esta intensa irradiación de las Luces en América (y que hace, por ejemplo, de Bolívar un perfecto contemporáneo de Humboldt, con quien, por lo demás, se mantiene en contacto) no impide sin embargo la existencia de divisiones y de contradicciones profundas en el seno del mundo criollo. Los partidarios de la Independencia se oponen a aquellos que, de una u otra forma, siguen estando a favor de la adhesión a la Corona española, mientras que los acontecimientos introducen nuevas distinciones entre los centros más emprendedores como, por ejemplo, las capitánías del Río de la Plata y de Caracas, o incluso el reino de Chile y el virreinato más tradicional de Lima, donde una capa importante de notables conserva fuertes lazos con la Corona española. Un orgullo de raza,

¹⁰ V. A. Belaúnde, *op. cit.*, p. 47.

aunado a una apreciación egoísta y ceñida a sus propios intereses por parte de los grandes propietarios de tierras, conduce a los criollos a combatir un movimiento no obstante precursor de la Independencia e influido por las nuevas ideas, como fue la revuelta del indio Tupac Amaru, en 1781. Sus prejuicios quieren ver en ella una guerra de la barbarie contra la civilización. Muy distinta es la actitud de ciudades como Caracas, Buenos Aires y México, que en el mismo año 1810, establecen los primeros jalones en la gestación de una futura independencia.¹¹

Se determinan así los obstáculos que se alzan frente al movimiento unitario que Bolívar, por ejemplo, trata de promover: el desinterés que los criollos manifiestan por la suerte de las razas oprimidas prepara las dificultades que las jóvenes naciones deberán vencer, incapaces de asociar en la construcción de su destino a un sector importante de la población cuya ayuda les hubiese sido, no obstante, muy necesaria frente a la crisis.

El pensamiento político de Bolívar

BOLÍVAR examina sin rodeos esta complejidad americana en su famosa *Carta de Jamaica*, en 1815. Prevé que la América libre de mañana no estará al abrigo de dificultades; y si hay una república que le parece mejor asegurada que otra, es la de Chile.

El Perú, por el contrario —observa Bolívar— encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas.

Y continúa:

Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima ... Es constante que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia.¹²

¹¹ Charles Minguet, *Alexandre de Humboldt*, pp. 250-251.

¹² Simón Bolívar, *L'Unité impossible*, p. 114.

Mas a esta diversidad de intereses Bolívar contraponen la conciencia de una identidad americana común. Y, si bien primero evoca en múltiples ocasiones la singularidad del español americano, que no es ni indio ni europeo sino que se presenta como una "especie . . . intermediaria entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles",¹³ pronto acaba por dilatar sus juicios y concebir a la sociedad americana como esencialmente mestiza:

Tengamos presente —sostiene ante el Congreso Nacional Venezolano reunido el 15 de febrero de 1819, en Angostura—, que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis . . .¹⁴

Bolívar dirige todas las fuerzas del continente hacia un horizonte nuevo e ineluctable: la Independencia. "El destino de la América se ha fijado irrevocablemente —escribe en la *Carta de Jamaica*. El lazo que la unía a la España está cortado . . .; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países."¹⁵ La Independencia, afirma Bolívar, no sólo se ha consumado en los hechos a raíz de la derrota de España frente a Napoleón; ella representa una obra de renacimiento y de *regeneración*. Si el sistema colonial implica la sumisión al triple yugo "de la ignorancia, de la tiranía y del vicio",¹⁶ la Independencia restaurará a los americanos en su verdadera naturaleza. Y es nada menos que por la construcción de la libertad que ellos movilizan todas las energías.

¹³ *Ibid.*, pp. 102-103.

¹⁴ *Ibid.*, p. 141. Sin hablar de contradicción en la mente del *Liberador*, por lo demás hostil a la esclavitud, cabe destacar, sin embargo, el movimiento que conduce al pensador político a distinguir grados en la igualdad, y a confiar el poder a los "patriotas virtuosos y educados", es decir, a la minoría criolla (*ibid.*, pp. 142-160).

¹⁵ *Ibid.*, p. 96.

¹⁶ *Ibid.*, p. 135.

De todas las épocas que conoce la historia de las naciones americanas —escribe el Libertador en 1822, echando una mirada retrospectiva sobre el curso de los acontecimientos— ninguna es tan gloriosa como la de hoy, en la que los imperios del Nuevo Mundo, tras haber roto las cadenas que la cruel España les había impuesto desde el otro hemisferio, han recobrado su libertad y se han dado una existencia nacional. Hemos expulsado a nuestros opresores, arrancando las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas. Sólo nos falta poner en marcha el pacto social que debería hacer de este mundo una nación de repúblicas.¹⁷

Si, como se ha observado acertadamente, el optimismo de las Luces evidenciado en esa fe en un hombre nuevo que nacería de la Independencia es aquí notorio,¹⁸ Bolívar, quien ve en las primeras e infructuosas tentativas de Miranda para liberar a Venezuela, en 1806, un "triste asunto",¹⁹ no presta oídos al prestigio de la utopía. Por el contrario, condena firmemente los errores de la primera república venezolana.

El consejo —declara— basaba su política en principios humanitarios que no se comprendían ... Nuestros magistrados no consultaban los códigos que hubiesen podido enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino algunas obras de valientes ilustrados que, construyendo en el aire su república, supusieron la perfectibilidad del género humano y buscaron la perfección en la política. Así, en lugar de jefes, tuvimos filósofos; en lugar de soldados, sofistas; a guisa de legislación, filantropía; a guisa de táctica, dialéctica.²⁰

Por lo demás, aun cuando todavía no ha liberado el centro de Venezuela ni iniciado sus grandes victorias, Bolívar se pronuncia desde el Congreso de Angostura, en 1819, en favor de un poder central fuerte y en contra del federalismo de la primera constitución venezolana. Algunos años más tarde, en 1825, con ocasión de la constitución boliviana, hablará incluso en pro de la institu-

¹⁷ Texto citado por N. Martínez Díaz ("Visión de la historia en Simón Bolívar", *Revista de Occidente*, p. 33) y traducido por el autor.

¹⁸ N. Martínez Díaz, art. cit., pp. 31-37.

¹⁹ Carta a Alexandre Dehollain, citada en Simón Bolívar, *Cuatro cartas y una memoria* (1804-1815), presentación y notas de Ch. V. Aubrun, 3a. ed., París, Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1969, p. 7.

²⁰ Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un ciudadano de Caracas, Cartagena de Indias, 15 de septiembre de 1812, en Simón Bolívar, *L'Unité impossible*, p. 56.

ción de una presidencia vitalicia de la república,²¹ gestión que le será vivamente reprochada por sus contemporáneos.

¿Se hablará, en el caso de Bolívar, como se lo plantea un analista de nuestros días, de utopía o de realismo, cuando su pensamiento se presenta, desde su origen, como un pensamiento de lo posible?²² La realidad criolla y su pasivo coinciden en él con un radicalismo y una determinación esclarecidos por los ejemplos de la historia universal.

Se habrán sorprendido quizás de que jamás hayamos evocado las figuras de Robespierre, de Marat, de Saint-Just, ni de ningún héroe revolucionario, aun cuando ocupan en Francia tanto lugar en los debates posteriores en torno a la Revolución. Es también a causa de que la situación de la América Latina es muy diferente a la de Francia y a que, si el suceso decisivo fue allá el llamado a la libertad que representó el espíritu de 1789, la evolución ulterior se percibió como monstruosa en el seno mismo de un clan republicano donde el clero desempeñaba todavía cierto papel y no estaba dispuesto a aceptar el Terror.²³ Es igualmente debido a que Bolívar (incluso si sus motivos difieren de los de un Miranda, él mismo muy cercano a los girondinos al lado de los cuales luchó en los ejércitos franceses) ya no reivindica más la corriente extremista. Puede retomar, en 1811, la idea jacobina de los clubes como fuerza motriz del cambio; los hechos y una constante reflexión sobre la necesaria continuidad del poder lo ponen en guardia contra el peligro de repúblicas "aéreas".

²¹ *Ibid.*, pp. 196-208. Se nos permitirá citar como altamente significativo para nuestro propósito, el siguiente extracto del discurso en el que Bolívar apoya su defensa a favor de la institución de un presidente vitalicio basado en la idea de que el peligro de una dictadura en América Latina es verdaderamente lejano: "... y si algunos ambiciosos se empeñan en levantar imperios, Dessalines, Cristóbal, Iturbide, les dicen lo que deben esperar. No hay poder más difícil de mantener que el de un príncipe nuevo. Bonaparte, vencedor de todos los ejércitos, no logró triunfar de esta regla, más fuerte que los imperios. Y si el gran Napoleón no consiguió mantenerse contra la liga de los republicanos y de los aristócratas ¿quién alcanzará, en América, a fundar monarquías, en un suelo incendiado con las brillantes llamas de la libertad, y que devora las tablas que se les ponen para elevar esos cadalsos regios?" (*Ibid.*, p. 201).

²² N. Martínez Díaz, art. cit., pp. 35-37.

²³ V. A. Belaúnde, *op. cit.*, pp. 56-57 y 226. Véase también en el *Mercurio Peruano* los artículos que, desde el otoño de 1793, toman partido contra la Asamblea que depuso a Luis XVI y lo condenó a muerte (*Mercurio peruano*, números del 31 de octubre, 7 y 10 de noviembre de 1793, tomo IX, pp. 139-141, 154-158 y 159-167). Conviene recordar por último, el número importante de clérigos electos a la Asamblea Constituyente de Lima, en 1822.

Como lo anunciamos al principio, sólo hemos propuesto un recorrido extremadamente rápido a través de una cuestión tan compleja como polémica. No nos era posible, por ejemplo, evocar el peso del modelo constitucional inglés tan constantemente presente en la mente de los *libertadores*, todos igualmente preocupados por tratar con deferencia al gobierno británico, incluso obtener su apoyo. Por lo menos nuestro estudio habrá justificado, esperamos, el término de "metamorfosis de la libertad" que propusimos, subrayando hasta qué punto los caminos de la Revolución Americana fueron diferentes de los de la Revolución Francesa que la inspiró. Si aún fuese necesario, un historiador como Michelet ayudaría, por su parcialidad, incluso a que la diferencia se hiciese evidente. En efecto, si este último erige al pueblo en el principal artífice de una revelación que, según él, manifiesta el genio de Francia, Simón Rodríguez, observador más cercano aún del gran movimiento que acababa de sacudir a su continente, y respecto del cual también se muestra como un defensor entusiasta, relaciona la dinámica a la influencia personal de los *libertadores*: ellos crearon lo imposible por la doble fuerza de una milicia y de las ideas.²⁴ América Latina se presenta así, en sus orígenes, como una utopía sostenida por un ejército, como un Estado militar, en tanto que Francia es ya una nación. Esta diferencia explica también la doble fascinación experimentada por Bolívar frente a la Revolución Francesa y a la figura de Napoleón. Sin embargo, la proximidad que mantenía con relación a estos dos modelos era tan grande que no podía reivindicarlos explícitamente.

¿Qué fundaron los *libertadores*? "He arado en el mar"... confesaba Bolívar al final de sus días. Más allá de la amargura de un hombre cuya acción ha sido traicionada, perduran dos principios, dos proyectos con base en los cuales el acuerdo entre historiadores, sociólogos y responsables políticos sudamericanos se manifiesta hoy aún muy amplio: de un lado, la unidad continental y, del otro, la democracia, como fundamento de una independencia que de ahora en adelante es preciso construir a nivel económico. Tal es, en efecto, la lección que nos puede dar el gran coloquio sobre el pensamiento latinoamericano al que las autoridades venezolanas convocaron en la ciudad natal de Bolívar, con ocasión del bicentenario de su nacimiento.²⁵

²⁴ *Defensa de Bolívar*, citado en A. Rumazo González, *op. cit.*, p. 116.

²⁵ Coloquio organizado en abril de 1983, cuyas *Actas* serán editadas por el gobierno de Venezuela bajo el título: *Actas del coloquio sobre el pensamiento político latinoamericano*. En este volumen se encuentra, en

Sin la acción de los *libertadores*, sin el acceso a la modernidad que ellos negociaron (incluso si tal acceso sigue siendo incompleto mientras no se lo sustituya por una revolución económica y social equivalente a la de Europa), la América Latina de hoy es impensable. Apreciamos la profundidad de su intuición. En cierta medida, ésta se retoma en ese otro gran momento continental constituido por el pensamiento económico, social, político y cultural de Mariátegui, que también merece ser considerado como una adaptación original de una corriente de pensamiento proveniente de Europa, como una creación propiamente latinoamericana. En este sentido —y retomando una sentencia de Octavio Paz— América Latina bien representa un "extremo Occidente".

Traducido por Alicia Jeannetti

particular, un trabajo de Hugo Neira sobre el partido socialista peruano en el siglo XX, o APRA (Alianza para la Revolución Americana).

Se nos permitirá concluir esta exposición con una anécdota significativa acerca de la vitalidad de la irradiación simbólica de la Revolución Francesa, en pleno siglo XX latinoamericano. Luis Alberto Sánchez cuenta que la primera manifestación popular organizada en el Perú contra el régimen del dictador Leguía tuvo lugar en Lima, el 14 de julio de 1930, con ocasión de un homenaje que se rendía a Francia en el "Teatro Excelsior". Se proyectaba en esa sala, en presencia del dictador, un filme sobre la Revolución Francesa. En el momento en que el filme mostraba a los *sans-culottes* cantando *la Marsellesa*, el público entonó repentinamente el célebre himno francés, interrumpiendo su canto con *slogans* tales como: "¡Abajo el tirano, viva la libertad!". Leguía fue obligado a abandonar el lugar, en tanto que la policía cachiporreaba a los espectadores. Apoyándose en esta experiencia el partido aprista, por fin autorizado, hizo de *la Marsellesa* su propio himno, contentándose con mandar componer por el dirigente obrero Arturo Sabroso nuevas palabras apropiadas. Lo mismo se produjo en Chile, donde la música de *la Marsellesa* inauguraba, bajo Allende, los mítines del partido presidencial, como todavía inaugura los del partido del actual presidente del Perú, Alan García (véase L. A. Sánchez, *Apuntes para una biografía del Apra*, Lima, Mosca Azul, 1978, pp. 193-194).

El presente trabajo se vio favorecido por las sugerencias de Gérard para una biografía del APRA, Lima, Mosca Azul, 1978, pp. 193-194).